
ENFOQUE MODULAR, SÍ; INTERNISTA, NO TANTO

FRANCISCO J. SALGUERO LAMILLAR

La propuesta del profesor Guillermo Lorenzo, de tratar la evolución del lenguaje humano desde una perspectiva modular e internista, es extremadamente interesante desde el momento en que nos introduce en un debate que se encuentra actualmente en la agenda de numerosos investigadores pertenecientes a muy diversos campos, que van desde la biología, la paleoantropología o la neurociencia hasta las ciencias de la computación. Y sin duda los lingüistas debemos estar, y de hecho estamos, tan interesados en el debate como el que más, por lo que no es extraño que cada vez haya mayor convencimiento de la necesidad de desarrollar una teoría aceptable acerca del origen de la facultad del lenguaje en la especie humana para poder afrontar las explicaciones sobre cómo se adquiere un sistema lingüístico, cómo funciona y, en definitiva, cómo son internamente las lenguas.

Las propuestas de lingüistas como James Hurford, Derek Bickerton, Steven Pinker, Terrence Deacon; de naturalistas como William Calvin, Richard Dawkins, Stephen Jay Gould o, incluso, de filósofos como Daniel Dennett, nos han llevado en los últimos años a replantearnos aspectos generales de la teoría darwiniana de la evolución, a la vez que aspectos concretos con relación a la evolución del hombre y de la mente humana. Pero esto no significa que se descarte la propia idea de evolución ni el marco general en el que esta idea cobra sentido, que es el que el mismísimo Charles Darwin propuso en el siglo XIX. En realidad, lo que en las últimas décadas se ha llevado a cabo ha sido un refinamiento del concepto de evolución y de los mecanismos que conducen al cambio de las especies, de forma que sea factible una explicación de cómo la naturaleza cobra conciencia de sí misma a través de cada uno de los individuos de la especie humana.

Creo que la crítica que en el artículo del profesor Lorenzo se hace de los planteamientos darwinistas clásicos acerca del origen del lenguaje natural humano, como facultad desarrollada por la especie mediante los mecanismos propios de la selección natural, se basa en un postulado incierto: la

Área de Lingüística General, Universidad de Sevilla. / salguero@us.es

Este texto comenta el artículo de Guillermo Lorenzo González, "Lingüística evolutiva: hacia un enfoque modular e internista", que aparece en este número de *Ludus Vitalis*.

concepción de la evolución como un *continuum* conducente a algún tipo de estadio final. La “paradoja de la continuidad” no es tal si entendemos que la evolución se produce mediante mecanismos que pueden dar lugar a saltos, al mismo tiempo que llevan en algunos casos a estadios anteriores a través de “pasos atrás”. Si pensamos que nuestra especie es la única perteneciente al género *homo* que ha sobrevivido, pero no la única que ha existido, y no presuponemos su superioridad sobre otras especies anteriores extinguidas por motivos que desconocemos en todo o en parte, la “paradoja de la continuidad” con relación a la facultad del lenguaje se diluye como tal. Y si comparamos lo que sabemos sobre los homínidos y lo que hemos llegado a aprender sobre el comportamiento de otras especies animales, nos encontramos con que no somos una especie tan extraña desde el punto de vista evolutivo. Si el lenguaje es una facultad (o un órgano, como defenderé luego) propia sólo de los homínidos, esto no es algo que deba inducirnos a pensar en una excepción, sino en la regla, pues encontramos otras formas de comunicación propias y exclusivas de ciertas especies en la naturaleza, sin que esto nos suponga un problema desde el punto de vista de la explicación evolutiva. Y si no, piénsese en la danza de las abejas.

Aun así, hallo que la explicación modular es superior a la explicación evolutiva mediante descenso con modificación, pero no porque se sobreponga a la “paradoja de la continuidad”, que no es tal, sino porque explica más cosas. La postulación de precursores que provocan cambios funcionales de ciertos órganos, sin que exista necesariamente una finalidad última para dichos cambios, pero que dan lugar a nuevas funciones interesantes desde el punto de vista adaptativo, es una hipótesis realmente productiva, pues puede ayudarnos a comprender cómo se originan algunos de los órganos biológicamente más complejos de la naturaleza. De otro modo, sólo nos quedaría el puro azar (que ya es por sí mismo poco explicativo, si no otro nombre para nuestra propia ignorancia, como diría Spinoza) o la necesidad impuesta teleológicamente desde un plan previo del universo, lo que nos conduce al creacionismo acientífico. En este punto, por tanto, estoy plenamente de acuerdo con el profesor Lorenzo: hemos de comenzar a pensar en el origen del lenguaje natural humano como un proceso modular a partir de precursores. Pero esto es válido para explicar la aparición de cualquier órgano complejo con unas funciones definidas en el comportamiento de los individuos de cualquier especie animal. Es evidente que el comportamiento lingüístico o las habilidades comunicativas de cualquier especie no pueden ser explicados a partir de la existencia previa de un “órgano del lenguaje” (lo que no explicaría nada realmente), sino como subproducto evolutivo de otros órganos con funcionalidades diversas. Pero, ¿por qué no asumir que la readaptación de dichos órganos y la aparición y desarrollo de sus nuevas funcionalidades se deba a los

mecanismos evolutivos que explican la aparición de organismos pluricelulares, por ejemplo, a partir de células aisladas? Si no, ¿cómo explicar que poseamos un órgano sexual para el sexo y un órgano visual para la vista? No todos los organismos se reproducen sexualmente ni todos han desarrollado la visión; y los que así lo han hecho, por una mejor adaptación a un cierto hábitat, no han seguido los mismos patrones reproductivos o visuales que nuestra especie. ¿Es que el lenguaje ha de ser explicado de forma diferente, pudiendo explicarse su origen, desarrollo y función mediante los mismos procesos evolutivos que aceptamos para otros órganos complejos?

Si postulamos la existencia de condiciones internas propias de los organismos para explicar la evolución de esos mismos organismos, entonces es cuando difiero del profesor Lorenzo, pues creo que esto sí que nos llevaría a la tautología o a la explicación de las causas a partir de los efectos en un sentido finalista. Tanto las explicaciones adaptacionistas a un determinado hábitat o nicho ecológico (bipedestación, cambio de dieta, etc.) como las relacionadas con la evolución y el desarrollo de otros órganos en la especie humana (como pueden ser los órganos sexuales y la sexualidad no sujeta a celo, la vista y las capacidades perceptivas propias de la visión humana, la mano y las habilidades cognitivas relacionadas con su uso instrumental y su coordinación con la vista, etc.) me parecen mucho más atractivas, incluso en un enfoque modular, que la explicación internista, ya que forman parte de una trama más compleja y general que incluye no sólo al ser humano actual, sino también a otras especies animales emparentadas o no. Porque, en definitiva, podemos estar ante “pulgares de panda” lingüísticos en el caso de una evolución adaptacional del lenguaje en el ser humano, ya que ningún condicionamiento biológico de nuestra especie (ni de ninguna otra) obliga al desarrollo concreto de órganos funcionalmente destinados a la comunicación, aunque de hecho todas las especies han readaptado órganos con funcionalidades diversas para su uso lingüístico, y no podemos descartar que el órgano del lenguaje se haya originado en un proceso evolutivo en el que haya habido más de una vuelta atrás.